



# BOLETIN DEL CLERO

## DEL

### OBISPADO DE LEON.

#### SECRETARIA DEL GOBIERNO ECLESIASTICO.

SEDE VACANTE.

*Continúa la suscripcion de la Diócesis de Leon en favor del Romano Pontífice.*

	<u>Reales.</u>	<u>Céts</u>
Suma anterior. . . . .	123	984 80
D. P. L., presbítero.. . . .	80	
El Arcipreste, Párrocos y demás Eclesiásticos de Villalon por su sus- cripcion del mes de Fe- brero. . . . .	44	
<b>Total.. . . .</b>	<u>124</u>	<u>108 80</u>

Leon 27 de Marzo de 1863.—Dámaso Amigo y Fiton, Canónigo Secretario.

#### LITURGIA

SOBRE LOS MONUMENTOS DEL JUEVES  
SANTO Y SU SIGNIFICACION.



La palabra *monumento* tiene aquí una significacion particular y la uso de propósito porque en ella se toma vulgarmente para espresar el lugar ó capilla adornada en que se reserva el Santísimo Sacramento el Jueves Santo. Se va estendiendo la costumbre de decorar el lugar que se destina á este objeto con lienzos que representen mas bien que un salon, un panteon ó sepulcro, y se pretende sin duda significar con esto la sepultura de N. S. J. C., puesto que hasta se hace aparecer allí los guardas, y no como quiera, sino guardas dormidos, y aun se sue-

le pintar á J. C. en el sepulcro. Todo esto es un error y hace formar al pueblo ideas equivocadas acerca de la verdadera significacion que tiene la solemne reposicion de la Santa Hostia el Jueves Santo en el monumento y el culto que se le dá desde aquel dia hasta el officio del dia siguiente.

El Misal en la rúbrica de los officios del Jueves Santo dice que este dia el celebrante debe consagrar dos Hostias, la una para comulgar en la misa, y la otra debe guardarse para el dia siguiente en que no se hace sacrificio. Dice tambien, que debe prepararse en la iglesia un local adornado de la mejor manera posible, adonde deberá llevarse en procesion la Sagrada Hostia para reservarla allí, con las ceremonias que mas por menor pueden verse en la citada rúbrica. Ahora veamos cuál es el origen de la exposicion solemne del Santísimo Sacramento en el Jueves Santo; si por ella se nos representa la muerte y sepultura del Salvador, y en caso contrario, cuáles son los ritos por los que la iglesia nos representa su muerte.

*Del origen y objeto de la exposicion solemne del Santísimo Sacramento el Jueves Santo.*

El rito usado en la Iglesia de llevar en procesion solemnemente la Sagrada Hostia el Jueves Santo desde el altar donde se ha celebrado

el sacrificio á otro lugar preparado al efecto, y reservarla allí hasta el viernes, ha sido considerado por algunos autores como misterioso y alegórico. Es creible que no date de fecha mas antigua que la de la misa llamada de los presantificados y que la Hostia se conserva únicamente para la comunion del Viernes, por cuya razon, tanto en el Misal romano, como en todos los libros litúrgicos del siglo XVI y posteriores se lee: *Hostiam reservat* (sacerdos) *pro die sequenti in quo non conficitur sacramentum*. Dos misales, que solo precedieron algunos años á la reforma de S. Pio V nada absolutamente dicen de la procesion del Jueves: son los de Venecia de 1530 y de 1554; ambos con relacion al Viernes, prescriben que el diácono, acompañado de dos acólitos con luces, precedido del subdiácono que lleva un vaso con agua y de otro acólito con el incensario vuelve la Sagrada Hostia al altar. Cristóbal Marcel se expresa aun con mas claridad respecto de esto en su libro sobre los Ritos de la Iglesia romana dedicado á Leon X (lib. 2.º, sec. 1.º, cap. 46 y 54). Despues de haber anotado que el rito anterior era el que se observaba generalmente, dice que Juan XXII mandó volver la Eucaristía en procesion solemne, y que despues Sixto IV quiso que se la llevase con la misma pompa el Jueves Santo. ¿Cuáles son las ra-

zones que presidieron á esta institucion? Veamos lo que dice el mismo autor que fué casi contemporáneo de Sixto IV: *Considerans Salvatorem nostrum non posse á nobis satis dignis laudibus venerari, ordinavit modum supradictum.* Lo mismo se lee en Marttene (de Antiq. Eccles. Rit. lib. 4.º c. 32) *Nostris vero temporibus pia fidelium devotio ad resarciendas aliquo modo illatas á nefandissimis hæreticis Sanctissimo Sacramento injurias, cum summa rituum pompa ad præparatum quam ornate fieri potest oratorium illud deducit.* Por consiguiente consérvase la Santa Eucaristía no con otro objeto que para la comunión del Viernes Santo, y la pompa que se observa en estas ceremonias no tiene otro fin que el de tributarle la veneracion que le es debida. Es en efecto una cosa muy conveniente que se veneren públicamente el Santísimo Sacramento, y que esté expuesto á la adoracion de los fieles el dia mismo en que la iglesia celebra la memoria de su institucion.

*La exposicion del Jueves Santo no representa el sepulcro del Salvador.*

Oyese dar con bastante frecuencia el nombre de sepulcro al altar en que el Santísimo Sacramento está expuesto solemnemente el Jueves Santo, aunque, á decir verdad, no vemos bastante fundamento para ello. Los Misales, ya antiguos, ya

modernos, nunca lo han empleado, y los autores litúrgicos no han incurrido en tal error. Es evidente que la memoria del sepulcro supone que se ha hecho ya la de la pasion y muerte; ahora bien, ninguna mencion de esta se hace en las preces litúrgicas del Jueves Santo. Abramos el Breviario y el Misal, y observémoslo todo con atencion: las antifonas, los versículos, las lecciones, los responsos hablan de la pasion, es cierto, pero ni una palabra de la muerte del Salvador. Cántase la misa con ornamentos blancos, con la pompa de los dias mas solemnes, y aunque es verdad que se ve algun rito relativo á la tristeza, de nada se hace mencion sino de la institucion de la Eucaristía ¿Sería posible que la iglesia celebrase la sepultura de nuestro Señor antes de celebrar su muerte?

Pero demos por supuesto que se haya celebrado la muerte; preciso fuera entonces que los sacerdotes se adornasen con vestituras de luto, y no con vestidos de fiesta para celebrar el sepulcro; las preces habian de referirse á ella y habia de cantarse, por ejemplo *Ecce quomodo moritur justus*, ó *el sepulto Domino* y otras análogas en vez de entonar el *Pange lingua* ó el cántico *Hoc corpus quod pro vobis tradetur* que antiguamente se cantaba: y cumplidas estas sùnebres ceremonias el Jueves Santo, la procesion que se hace el dia siguiente al sa-

car el Santísimo Sacramento del altar ó monumento habia de expresar en cierto modo la resurreccion gloriosa del Salvador; habia de llevar señales de gozo y de fiesta. Pero el Viérnes Santo; ¿donde están los cánticos de alegría? solo se vén por el contrario señales las mas espresivas del dolor: los ministros sagrados llevan la Eucaristía con vestiduras de luto: la Iglesia canta el himno de Fortunato, *Impleta sunt quæ concinit—David fidei carmine,—Dicendo nationibus—Regnavit a ligno Deus*. Las ceremonias, los cánticos y sobre todo la comunión con que termina la sagrada función en el silencio mas profundo, y despues de la cual el Santísimo Sacramento no queda en la iglesia, todo indica el sublime *consummatum est*, todo demuestra la muerte de Cristo. ¿Como podremos pues creer que la iglesia quiera celebrar la sepultura del Salvador por medio de una función que acaba en un día y de una manera en que todo recuerda su muerte?

Entre los autores que han escrito sobre esto solo se conocen dos que hayan tenido el descuido de llamar á la esposición del Jueves Santo con el nombre de *sepulcro*, dejándose llevar en esto por la piedad mas bien que por la ciencia; quiero hablar de Quarti y Tetamo. En su manía de explicarlo todo alegóricamente y de hallar misterios en todo,

se han imaginado que la iglesia anticipa la memoria del sepulcro como anticipa la de la resurreccion, y luego, el Viérnes Santo, sin pensar en su anticipacion, y despues de puesto el Salvador en el sepulcro, le representan en el Calvario; hablan de su desnudez, de su suplicio y por último de su muerte. ¿Pueden darse mayores contradicciones?

Todo lo cual demuestra con claridad bastante que lo que vulgarmente se llama *sepulcro* no lo es en realidad; que los que aplican este nombre ó dan esta significacion al *monumento*, ya en el pulpito ya en los libros, padecen una equivocacion notable y que la iglesia no hace memoria especialmente de la muerte del Salvador, sino al terminar la función del Viérnes Santo y solo desde entonces habla de su sepultura.

¿Ahora, será necesario explicar de que manera la representa? De la manera mas sencilla y al mismo tiempo la mas espresiva nos hace ver el descanso misterioso del cuerpo de nuestro Señor en el sepulcro y la bajada de su alma á los infiernos. Observemos desde luego el rito de retirar el Santísimo Sacramento á una capilla de la iglesia; luego, el Viérnes Santo al fin de la función, despues de consumida la hostia, observémoslo todo con piadosa atención. El altar despojado y desnudo, las luces apagadas, el tabernáculo

abierto y vacío ¿no nos dicen que el Esposo falta, que ha muerto?

Al quitar el precioso tesoro de la Eucaristía (lo que no hace en ningún otro día), al colocarlo en un lugar retirado y secreto, con el objeto solo de conservarle para los enfermos, la Iglesia nos dá á conocer de la manera mas sencilla que el Salvador ha muerto, que ha sido sepultado, que ha bajado á los infiernos. ¿Puede representarlo en una forma mas espresiva que quitando de nuestra vista la Santa Eucaristía que contiene siempre su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad? La funcion del Viérnes Santo termina en silencio; el *Magnificat* de las vísperas anuncia que todo está consumado, que el Salvador dió ya el último suspiro, despues de lo cual la Iglesia no habla mas de pasion ni de muerte y sí solo de la sepultura. Considerad los maitines del Sábado Santo, los salmos, las antifonas, las lecciones, todo recuerda el sepulcro del Salvador y su bajada á los infiernos. El *Jerusalem surge, et exue te vestibus jucunditatis*; el *pange quasi virgo plebs mea* y el versículo *ó vos omnes qui transitis per viam*, que es el gemido de la Iglesia por la pérdida del Salvador. Luego las profecias del rey profeta: *Caro mea requiescet in spe: In pace factus est locus ejus: Posuerunt me in locu inferiori*, etc., y el *Sepulto Domino* son igualmente relativas

al sepulcro del Salvador así como á su bajada á los infiernos.

Nos parece haber dicho cuanto se necesitaba para disuadir de un error respecto al asunto de los pretendidos sepulcros; y lo que de esto debe deducirse es que la esposicion de la Sagrada Hostia que se hace el Jueves Santo, no tiene relacion con el sepulcro de Nuestro Señor, cuya mencion no empieza á hacer la Iglesia hasta el Viérnes Santo, venerándola como unas veinte horas, puesto que anticipa la memoria de la resurreccion, que antiguamente se celebraba en la noche de Pascua.

---

## LA PROVIDENCIA.

---

(Conclusion.)

Esa opinion, que muchos sostienen con palabras, y otros con hechos, como veremos despues, siendo errónea no puede tener otra base que el error. Es innegable que parte de este fundamento es debido al orgullo del hombre, que se abroga derechos que no tiene, que envanecido con su libre alvedrio cree poderlo todo; que solo confia en sus propias fuerzas y cree que todo se lo debe á sí, nada á Dios. Por esto si el éxito mas feliz corona sus empresas, lo atribuye solo á su talento, á su ingenio; y si el éxito es malo, entonces ha sido una desgracia debida á la torpeza de alguno. Le parece humillante confesar su debilidad y su impotencia y reconocer un Ser superior que dirige todas las cosas, que es árbi-

tro de los imperios y de los hombres; disponiendo de ello según su voluntad encaminada siempre á premiar la virtud y castigar el vicio.

La idea de que las personas y las cosas siguen su curso natural sin que ningún poder sea capaz de influir en los acontecimientos humanos, es un fatalismo mucho peor que el de los Mahometanos, puesto que conduce á la desesperación. Aquellos en todas sus desgracias tienen siquiera el consuelo de decir *estaba escrito, así debía suceder*, creyendo que todos están sujetos á un destino, pero á un destino inapelable. Mas esta idea lleva en sí una resignación, porque por triste que sea el destino que á uno le aguarda se mitiga con la idea de que Dios lo tenía escrito así, y así debía suceder. Pero los fatalistas modernos, los *neomusulmanes* ni siquiera este consuelo nos quieren dejar, puesto que dicen: *esto sucede..... porque sucede; es un efecto de la naturaleza*. De modo que en las más grandes desgracias el hombre ha de permanecer impasible, sin que le sea dado elevar una plegaria al cielo; esperando tan solo que la naturaleza decida de su suerte, y si esta es fatal sumirse en la desesperación, al ver que un Dios que tuvo poder para crear un mundo de la nada, no le tiene para salvarle de una catástrofe, ni para mitigar su dolor.

Mas dejando á un lado estos errores que nos conducirían paso á paso á la barbarie, séanos lícito preguntar ¿qué entienden, los que así hablan, por la naturaleza? Se dirá que es el que imprimió Dios en el momento de la creación, y que así como señaló su curso invariable á los astros, así también dispuso el orden invariable de la naturaleza de los

hombres y de las cosas. Mucho puede decirse respecto á este orden. Cierto es que Dios dió leyes á la naturaleza por las cuales los astros describen su curso con asombrosa exactitud, y los animales y las plantas se reproducen continuamente. Estas leyes son invariables, se dirá, y así el hombre puede fijar anticipadamente la hora en que sale el sol, porque este astro no interrumpirá su curso natural: puede preveer los eclipses, la emigración de ciertos animales, y la época en que nacen y mueren las plantas sin temor de verse desmentido.

Cierto es que este orden no varia, y que el universo sigue ese curso regular, pero ¿es por que Dios no tiene poder para alterar este curso? No; es porque no existirá ninguna razón para variar el orden de la naturaleza, pues cuando hubiese un poderoso motivo para alterarlo, también se alteraría. Siempre que ha tenido lugar un hecho extraordinario. ¿no se han visto prodigiosas alteraciones? Así vemos que cuando Dios quiso castigar la impiedad y la corrupción de los hombres, hizo que las aguas, traspasando los límites que les había impuesto, inundasen toda la tierra.

En otra ocasión las aguas del mar se dividen para abrir paso al pueblo de Israel, y jùntanse después para envolver al ejército Pharaon.

Vemos también que para completar Josué la victoria alcanzada contra los Amorrhéos pide á Dios que detenga el astro del día, y este permanece alumbrado por espacio de muchas horas en que por el orden regular debía haber llegado al ocaso.

Cuando muere el hijo de Dios se estremece la tierra, el sol se oscu-

rece, y los muertos salen de sus tumbas.

Estos y otros mil prodigios que podrian citarse, prueban que cuando importantes acontecimientos lo exigen, tambien se altera el orden de la naturaleza; porque el que la formó un día con sola su voluntad puede transformarla cuando lo juzgue conveniente.

Y prescindiendo de estos hechos históricos ¿no vemos todos los dias fenómenos extraordinarios é incomprendibles puesto que aparecen en contradiccion con el orden natural de las cosas?

Contradiendo las leyes de la gravedad ¿no sube el agua por el aire, mas ligero que ella, y baja despues produciendo la lluvia y el rocío?

Siguiendo un orden natural parece que la lluvia debiera caer con regularidad para fertilizar la tierra. Así suele suceder generalmente; sin embargo, ¿por qué en ciertas ocasiones, durante largo tiempo, no descende una gota de agua sobre la tierra, y los frutos y las plantas se agostan, y los campos quedan yermos y secos como la arena del desierto, y el hambre persigue á los pueblos? Y por qué despues hemos visto que, cual si nos amenazara un nuevo diluvio, se han abierto las eataratas del cielo, y cayendo la lluvia á torrentes, desbordarse los rios, invadir los campos, arrasarlos y destruir cuanto se oponia á su paso? Y ¿por qué sin causa manifiesta de un día á otro una epidemia horrorosa invade una ciudad, una nacion entera, quitando la vida á millares de personas? Se dirá que para esto es preciso que exista una causa, claro está que debe existir, pero ¿dónde se halla? Nadie lo sabe.

¿Quién la impulsa? ¿Quién tiene poder para detenerla?

Y en los hechos humanos ¿qué orden existe que pueda llamarse natural? Verdad es que todo lo que sucede está en la naturaleza; pero ¿hay algun orden establecido? No: nadie sabe lo que sucederá dentro de un dia, dentro de una hora, ni dentro de un minuto. ¿Quién impulsa esos acontecimientos extraordinarios que cambian la faz de los imperios? Ah! si los hombres meditáran bien la historia de los hechos, con qué claridad verian el brazo de Dios, ya castigando el crimen, ya premiando la virtud. Porque si bien el fallo de la Divina Justicia nos aguarda en la otra vida, se vé, no obstante, que Dios castiga tambien en esta, para que sirva de escarmiento á los que no creen en su poder.

Permítasenos citar un hecho histórico, reciente, en el cual, como observa un reputado escritor, se vé con una claridad que hace estremecer el castigo de la Providencia. *Un hombre despues de haberse apoderado de una corona á favor de las revoluciones y las barricadas, la deja caer vilmente de su cabeza ante esas mismas revoluciones y barricadas. El usurpador caido, continúa el citado escritor, despues de haber hecho sufrir á la real víctima de 1830 las mas crueles humillaciones, devoró á su vez esas mismas humillaciones mas crueles y amargas todavía.*

*Parecia que el cielo se hubiese complacido en hacer renacer circunstancias análogas para que todo fuese exactamente semejante, menos empero el honor y la dignidad.*

*Tres dias y tres noches de insurreccion;*

*Toma del Dey de Argel, toma de Abd-el-Kader;*

*Dos regencias propuestas y rehusadas;*

*Dos viudas y dos huérfanas;*

*Dos abdicaciones y dos huidas;*

*Dos tempestades estallando sobre Paris el día siguiente de la catástrofe;*

*Dos decretos de proscripción concebidos en los mismos términos;*

*En fin, dos emigraciones á un mismo país.*

*Nada debía faltar para que la semejanza fuese completa.*

*¡Como Carlos X! como Carlos X! repetía sin cesar el caído monarca.»*

«Casualidad, casualidad, dirá el incrédulo; pero ¿qué es la casualidad? ¿qué poder tiene? Aun prescindiendo de creencias, y en el terreno de la lógica, no es mucho mas razonable atribuir un hecho á la voluntad de Aquel que todo lo puede que no á ese fantasma, á ese *nada* llamado *casualidad* que no tiene poder alguno.

Si se meditára con detencion la historia ¡cuántos hechos se hallarian como el que hemos citado, en los cuales se veria el poder y la sabiduría de Dios! ¡Cómo se hallaria muchas veces la causa de las grandes desgracias de los pueblos!

Mas prescindiendo de los hechos generales, y concretándonos á los del individuo ¿no se hallan motivos todos los días para creer en una Providencia previsora, sábia y poderosa? Siga el hombre pensador el hilo de las vicisitudes por las que ha pasado su existencia; medítelo bien, y encontrará siempre motivos para bendecir á Dios. Verá que unos hechos no son mas que la consecuencia providencial de otros; se verá conducido por la mano de Dios á través de los desvíos y de las pasiones,

hallará las causas de sus infortunios; y en medio de esto, encontrará razones para dar gracias al Eterno que se digna enviárselos.

JOAQUIN LLADÓ.

## LA CONFESION Y LA COMUNION

CONSIDERACIONES SOBRE SU INFLUENCIA  
MORAL Y CIVILIZADORA.

La confesion es una cosa muy útil y un freno al crimen, inventado en la mas remota antigüedad. El pueblo se confesaba en la celebracion de todos los antiguos misterios, y nosotros hemos imitado y santificado esta sabia costumbre, muy oportuna para inducir al perdón á los corazones ulcerados por el odio.

Voltaire.

En la legislacion de Moisés hallamos ya instituida la confesion como un freno impuesto á las pasiones, al vicio y al crimen.

*Hombre ó mujer, dice, cuando cometiesen alguno de los pecados que suelen acaecer á los hombres, y por negligencia traspasaren el mandamiento del Señor, y delinquieren, confesarán su pecado.*

Este precepto revelado por Dios fué observado en todos tiempos y se halla consignado en los sagrados libros del antiguo testamento. Mas tarde, despues que Jesucristo hubo derramado su sangre para salvarnos, y cuando envió los apóstoles á predicar lo que él les habia enseñado, les dijo:

*A los que perdonareis los pecados perdonados les son; y á los que se los retuviereis, les son retenidos; con cuyas palabras quedó instituido el sacramento de la Penitencia.*



Tenemos, pues, que la confesion es un precepto divino, revelado por el Señor á Moisés, y enseñado y mandado observar por Jesucristo. En las palabras que este dirigió á sus discípulos vemos tambien que dió facultad á sus ministros para absolver y perdonar los pecados.

La confesion es por lo tanto un deber del cual no podemos apartarnos sin faltar á Dios. Cómo, pues, yace tan olvidado? ¿por qué unos lo ridiculizan y lo desprecian, y otros lo miran con indiferencia? Si la confesion no tuviese mas que un fin religioso, sino se refiriese mas que á la salvacion de las almas, lo comprenderíamos, por que en una época en que domine por completo el materialismo, en que se está tanto por lo que erróneamente llaman *lo positivo*, se comprende que el hombre mire con desden los preceptos de la religion, que tienden siempre á elevar el espíritu; á apartarnos del fango de la materia; á acercarnos continuamente á la dicha celestial, imperecedera. Pero la confesion no es solo un precepto religioso, sino que lo es tambien moral y civilizador, y nos sorprende que sea rechazado en un siglo en que la civilization y el progreso se hallan en boca de todos. Nadie negará que la moral, ya que no se quiera la religion, aunque para nosotros sin esta no existe aquella, es la base de la felicidad y del bienestar, y por lo tanto, por qué se ha despreciar uno de los medios mas eficaces para conducir al hombre por el camino de la virtud?

Mírese bajo el aspecto que se quiera, el tribunal de la Penitencia es siempre sublime, y produce ópimos frutos.

El sacerdote revestido con el carácter de ministro del Señor, de juez, de padre y de amigo, espera bondadoso al criminal, al pecador que vaya humillado á descargar el peso de su conciencia. Quién temerá acercarse á este tribunal

dispuesto siempre á perdonar, cuando halla verdadero arrepentimiento? ¿Quién no buscará en sus faltas al juez que perdona, al padre que aconseja y al amigo que consuela? Por qué pues, hay tantos que pasan su vida sin postrarse nunca ante ese bondadoso tribunal? Si buscáramos los motivos de este olvido, de seguro que el mas poderoso lo hallaríamos en el orgullo y en la vanidad; en estas pasiones que nos inducen siempre al mal. *Porque*, dicen muchos, *he de humillarme á otro hombre, y confiarle mis secretos, y revelar mis faltas?* ¡Cuánta vanidad encierran estas palabras! ¡Otro hombre! El sacerdote es en verdad un hombre como nosotros, pero se halla revestido del sagrado carácter de ministro del Señor; carácter que le hace superior á los demas hombres. Y si le contemplamos en el Tribunal de la Penitencia, no solo vemos al ministro, sino al juez á quien el Hijo de Dios dice: *todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.*

El sacerdote es, digámoslo así, un representante del Señor, con la potestad de absolver los pecados del mundo. El hombre, pues, no confiesa sus faltas á otro hombre; las confiesa al Criador. Por esto al comenzar dice el penitente: *Yo, pecador, me confieso á Dios.* Y en efecto, las faltas cometidas son siempre un secreto para el mundo, y solo el Eterno Padre las escucha. El sacerdote en nombre de Dios las recibe y encierra en el fondo de su alma; en nombre de Dios aconseja y consuela al pecador; y en nombre de Dios le perdona, diciendo: *Yo te absuelvo tus pecados en nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.*

El temor, la vergüenza podrian ser causa tal vez del retraimiento que se observa acerca el Sacramento de la Penitencia. Si hubiesen de hallar en él un

severo castigo se comprendería ese temor; pero cuando les aguarda la benevolencia y el perdón ¿qué temen? ¿Será quizá la vergüenza la que impida confesar los pecados que se han cometido? Natural es que el hombre se ruborice por haber sido tan débil en cometer una grave falta, pero téngase presente que el no querer confesarla es una debilidad mucho mayor que la que nos ha hecho caer en el desliz. Al buen sacerdote no se le oculta la fragilidad del corazón humano, y así es que no recibe nunca con la recriminación y con la aspereza, sino que acoge con paternal dulzura al que se le acerca. Por otra parte, por más que el hombre se empeñe en ocultar sus culpas no logrará esconderlas á Dios que es el que debe juzgarle, y si las confiesa, este solo acto de humildad mueve la misericordia divina y la inclina á perdonar al pecador; pues la humildad es lo que más nos engrandece á los ojos del Señor.

Los saludables frutos que el sacramento de la Penitencia produce en todas las edades y situaciones de la vida son incomparables. El niño encuentra en el confesor un segundo padre que le dirige. Así que tiene idea del bien y del mal, se inclina naturalmente á uno ú otro camino según la dirección que se le dá, y según sus instintos. Si estos le arrastran al mal ¿quién podrá detenerlo? Si comete una falta no se atreve á decirle á su padre por temor del castigo, por el rubor que le causa; pero al verse postrado ante un venerable sacerdote que en nombre de Dios le pide cuenta de sus actos, cuando vé que puede depositar en el alma del ministro del Señor todos sus pecados, todas sus inclinaciones, todos sus pensamientos sin temor de que un imprudente le eche en cara sus debilidades, entonces le confía en secreto todo lo que piensa y todo lo que hace. El sacerdote le reprende

con dulzura, le exhorta á seguir el camino de la virtud, le hace prometer que se apartará del vicio, y el niño sale del templo tranquilo; sin remordimientos de lo pasado, porque lleva consigo el perdón de Dios, y fuerte para el porvenir, porque las máximas de la religión que el sacerdote ha impreso en su alma, le servirán en adelante de escudo contra las tentaciones del mal.

Y en la juventud, cuando las pasiones se desencadenan con indecible furia ¡cuánto bien no hace la confesión! «Todos los hombres y hasta los filósofos, sean cuales fueren sus opiniones, dice Chateaubriand, han mirado el sacramento de la Penitencia como una de las más fuertes barreras contra el vicio, y como la obra maestra de la sabiduría. A no ser este saludable instituto, el culpable sucumbiría desesperado. En qué regazo descargaría el peso de su corazón? ¿en el de su amigo? ¡Ay! ¿Quién puede contar con la amistad de los hombres? ¿Buscaría los desiertos como confidentes? Los desiertos retumban siempre amenazadores para el crimen con el eco de aquellas trompetas que el parricida Neron creía oír en derredor de la tumba de su madre. Cuando la naturaleza y los hombres se muestran desapiadados, es mucho consuelo hallar un Dios siempre dispuesto á perdonarnos. Solo á la religión cristiana correspondía hermanar la inocencia y el arrepentimiento.

Al mismo tiempo que el jóven siente en su corazón la efervescencia de las pasiones, halla por do quiera mil escollos; profundos abismos á cuyo borde le arrastra el tentador perfume del placer. Entonces cuán fácil es dejarse llevar por sus encantos sin pensar que tras él está el vicio y la perdición. ¡Cuando se ha dado el primer paso el corazón no se halla aun pervertido: acaba de cometer un desliz cuya reparación es muy fácil. El jóven comprende el mal que ha he-

cho; lo siente en lo íntimo de su alma; quisiera volver atrás y buscar goces mas puros y mas duraderos; vé en lontananza la dulce y estasiadora calma que reina en el camino de la virtud, y observa el atronador bullicio y la triste algazara que se levanta del fondo del vicio. Quisiera retroceder pero se halla en una pendiente resbaladiza; necesitaria una mano que le ayudara á apartarse de las tinieblas, y no se atreve á manifestar á nadie la situacion en que se halla. Si llama á un amigo, tal vez le empujará hácia el abismo en lugar de salvarle; tal vez se complacerá en publicar su pecado, y el jóven antes que sufrir que el mundo le señale con el dedo; antes que el rubor le haga bajar la frente á cada instante; antes que el sarcasmo y la burla le reprenda su primer desliz prefiere precipitarse en el fondo del precipicio y ocultarse en la noche del crimen. ¿Confesará á su padre las faltas cometidas? ¡ay! teme su severidad; teme que le eche en cara su vicioso proceder. A quién acudirá pues en tan crítico momento? La religion le señala el único, y eficaz remedio: ella le tiende una mano poderosa y bienhechora que le arrancará *para siempre* del borde del abismo en que se halla: verdaderamente arrepentido se postrará ante ese tribunal sublime que juzga, pero perdona siempre. Allí sin mas testigos que un apóstol del Señor confesará a este su culpa. El sacerdote en nombre de Dios lamentará sus extravíos; le reprenderá con aquella du'zura, con aquel amoroso acento que solo posee el alma cristiana. Le mostrará el camino del mal que conduce al eterno sufrimiento, y el camino del bien que proporciona la dicha infinita. Finalmente le hará prometer, que solo la virtud tendrá imperio sobre su alma; que solo el amor á Dios y el amor al prógimo será el móvil de todas sus acciones, y que jamás se

dejará arrastrar por el vicio. *Jamás, jamás!* exclamará el jóven profundamente conmovido ante tanta bondad, ante tanto amor. El sacerdote en tono solemne pronunciará estas sencillas pero sublimes palabras: *Te perdono todos tus pecados en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, y el jóven lleno de fé sentirá descender sobre su cabeza la bendicion del cielo.....

Un momento antes, una furiosa tempestad agitaba el alma del jóven pecador. El torbellino de las pasiones le arrastraba hácia el lago cenagoso y hediondo del vicio; el fulgoroso rayo del remordimiento le ponía de manifiesto todas sus faltas, y penetraba abrasador en el fondo de su conciencia: todo eran tinieblas. Pero la mas bella y dulce calma ha sucedido á la tempestad; el sol puro, y brillante ha disipado por completo las tinieblas, ¿por qué? porque el jóven ha descargado en el seno de Dios el grave peso que le abrumaba: y Dios, siempre misericordioso, le ha tendido su mano salvadora, le ha arrancado del precipicio y le ha perdonado sus pasados errores. Mas aun: el jóven se sentia no ha mucho muy débil; se dejaba arrastrar por las pasiones, y le faltaba fuerza para contrarestarlas; pero ahora se siente fuerte y con aliento para rechazar todas las tentaciones que se le presenten. ¿Y por qué? porque Dios al perdonarle ha hecho descender sobre su alma un soplo de su gracia divina; soplo regenerador que le hará fuerte en la lucha, y le preservará del halito embriagador y ponzoñoso del vicio.

La juventud halla, pues, en la confesion un balsamo para las heridas de su alma, y una mano bienhechora que la aparta del mal y la conduce por el camino de la virtud. Muchos hombres cuya carrera no habria sido mas que una sucesion de crímenes, han logrado refrenar sus perversas inclinaciones acu-

diendo al tribunal de la Penitencia. Así dice con muchísima razón el ilustrado Descuret, que: *si el secreto de la confesion permitiése á los sacerdotes revelar el número de atentados cuya ejecucion diariamente evitan, veríase que este número es infinitamente superior al ya espantoso que arrojan las estadísticas de la criminalidad.*

El mismo Rousseau no puede menos de exclamar: *¡cuántas restituciones y reparaciones no produce la Confesion entre los católicos!*

Y en verdad, despues de habersele perdonado todas sus faltas, ¿quién será tan ingrato que vuelva á cometerlas? Despues de haber jurado no faltar mas á Dios y al prógimo, ¿quién se atreverá á faltar á un juramento pronunciado solemnemente en presencia del Señor? ¿Quién se apreciará tan poco que quiera tener la debilidad de caer siempre en las mismas culpas? ¿Quién, siquiera por amor propio, no querrá librarse del rubor que causa el tener que confesar una grave falta?....

Triste sería la suerte del criminal cuando la justicia humana lo lleva al patíbulo, si la confesion no acudiera en su ayuda. Al ver que va á dejar el mundo y que le espera la Justicia Divina, se entregaria á la desesperacion, y este sería el único consuelo, si consuelo puede decirse, que le acompañaria en la hora de su muerte. Pero la religion cristiana, siempre sublime, acude á su lado y le dice: *espera, espera en la misericordia de Dios, dispuesto á perdonarte si tu arrepentimiento es sincero.* Este rayo de esperanza alumbra la ofuscada y tenebrosa imaginacion del reo; su alma despierta del profundo sueño en que yacia, y aquel corazon endurecido por el crimen, se conmueve, y vierte por primera vez un raudal de lágrimas que arranca de su seno el dolor, el arrepentimiento y el deseo de una

dicha eterna. El reo cae de rodillas; confiesa sus pecados; y una voz que hace vibrar de pura alegría las fibras de su pecho, le dice: *Dios te perdona, hijo mio.* Hé aquí como ese criminal, ese hombre indomable cuya ferocidad escedia á la de la hiena, se convierte en un manso cordero. Acepta resignado el castigo que le impone la humana justicia; ya no siente dejar esta vida, porque columbra á lo lejos otra vida mejor. Se dirige al cadalso con paso humilde, pero firme y digno; abatido solo por el dolor del arrepentimiento, y así entrega su alma á Dios. Tan grande es la influencia y el poder de la confesion!

No lo es menos para el moribundo. Próximo á dejar esta vida; próximo á comparecer ante el Juez Supremo, los recuerdos de lo pasado le atormentan y le abruma. Si su existencia se ha deslizado en medio de la disolucion y el placer, teme hallar cerradas las puertas del Paraiso; y si su alma es bella y justa, teme no haber hecho lo bastante para merecer la dicha eterna. Si es rico siente dejar aquel tesoro, aquellas riquezas que tantos desvelos le han costado; y si es pobre lamenta sus padecimientos y sufre por su esposa y por sus hijos. Si es feliz quisiera á toda costa prolongar su vida para gozar; si es desgraciado maldice tal vez su existencia. Y en tan angustioso estado, ¿qué consuelo hay capaz de mitigar el mal? Solo uno: la religion. El sacerdote acude al lecho del moribundo; este descarga el peso de su conciencia, y la tranquilidad renace en su alma. El sacerdote dice al pecador arrepentido: *espera en Dios, que te perdona,* y al justo le muestra ya el cielo abierto para recibirle. Muestra al rico la inutilidad de las riquezas para entrar en el reino de Dios, y le hace ver la vanidad de las vanidades mundanas; al pobre le enseña cuán agradable es al Señor la pobreza, y que esta

sin duda le ha abierto el camino del cielo que sin ella hubiera tal vez abandonado: le convence además de que sus hijos no sufrirán, porque Dios no desampara nunca á sus criaturas. Al que ha gozado en la dicha terrena le demuestra cuán vana, cuán miserable, cuán infeliz es esta comparada con la eterna que le aguarda: al desgraciado le manifiesta como todos los sufrimientos son otras tantas aureolas de gloria con que el Eterno nos premia en el cielo. Hé aquí como para todos hay consuelo; para todos hay perdón.

Ya que ese grave asunto nos ha conducido al lado del enfermo, del moribundo, preciso es que hagamos algunas observaciones acerca la influencia que ejerce en estos casos la confesion. Sabido es que cuando el médico, cumpliendo su deber, dá orden que se administren al enfermo los últimos Sacramentos la familia del paciente se resiste siempre á decírselo, temiendo que esta noticia, poniéndole de manifiesto el estado grave en que se halla, apresure ú ocasione una muerte que sin esta causa se habria diferido, ó quizá no hubiera llegado. Ciertó es que así ha sucedido alguna vez; pero ¿por qué razon? Porque como el Santo Viático no se administra sino en el último trance, cuando ya el médico desespera de la curacion del enfermo, claro está que al oír éste que le hablan de confesion, sabe muy bien que es porque se halla en peligro de muerte, y el temor puede tal vez ocasionársela. De aquí proviene que muchas familias, por no causar semejante disgusto al enfermo, no le dicen nada y le dejan morir sin el consuelo de la religion, y muchas veces impenitente.

¿No podrian evitarse estos males? Si se evitarian desde luego si no hubiese tanta negligencia en frecuentar los Sacramentos. Si los fieles acudiesen á recibir la sagrada Comunion una vez al

mes siquiera, aun cuando la muerte viniese á sorprendernos y nos arrebatara repentinamente, nos hallaria preparados para recibirla, y al perder á un pariente ó amigo no nos quedaria ninguna duda, ningun temor acerca su futuro destino. Además, el que tuviese la santa costumbre de recibir con frecuencia los Sacramentos, en caso de una grave enfermedad podria hablársele de confesion sin temor que estas palabras le afectasen, puesto que no se haria mas que recordarle su costumbre, y aun seria fácil que por no faltar á ella el mismo enfermo lo pidiese.

Otro medio aun: ¿por qué desde el momento en que nos aqueja una enfermedad por poco que se considere grave, no se administran los Sacramentos? En este caso el enfermo se hallaria preparado por todo lo que pudiese suceder. Y á parte de esta gran ventaja ¿cuánto bien no reportaria la salud del paciente? La confesion devuelve la tranquilidad y el bienestar en su alma; le infundiria valor y fuerza para sufrir con paciencia y resignacion todos sus padecimientos, y es fácil preveer el influjo que este estado moral tendria sobre el cuerpo.

Sabido es que la religion, derramando la paz y la dicha en el alma atribulada, ha salvado á muchos enfermos de una muerte segura. Por esto Descuret se lamenta de que sean tan pocos los médicos que emplean la religion como auxiliar en el tratamiento de las enfermedades. Conociendo, dice el citado doctor, el inmenso influjo de lo moral en lo físico, es llano entrever de cuán poderoso recurso será esta verdadera medicina del alma, principalmente en muchas afecciones nerviosas que se resisten á los medios terapéuticos.

La causa de esta falta, que nota Descuret, creemos verla en que los médicos, generalmente hablando, son demasiado fisiologistas. Estudian profunda-

mente todas las partes que forman el cuerpo humano; pero hay algo mas en el hombre, que el escalpelo no puede hallar ni dividir para ser examinado: las facultades del alma, sus enfermedades, mas terribles que las del cuerpo, la influencia que ejercen sobre este, hé aquí lo que debiera estudiarse, hé aquí lo que se estudia poco, *Faltan médicos del corazon, como dice muy bien la apreciable autora de «El Angel del Hogar,» filósofos santos que hayan aprendido la difícil ciencia de leer en todos los dobleces del pensamiento y del alma.*

Además de que el origen de muchas enfermedades es puramente moral, es sabido que la fuerza de espíritu, acompañada de la calma, puede obrar una poderosa reaccion en el cuerpo, y devolverle la salud y la vida; á la par que un abatimiento moral continuado arrastra al cuerpo á una muerte cierta. Muchos enfermos, mas que remedios físicos necesitarian medicinas para el alma, y estas solo se hallan en la religion. Véase pues como los Sacramentos podrian producir admirables resultados en las enfermedades, porque dando fuerza al espíritu, este obraria favorablemente sobre el cuerpo. Muchos ejemplos podrian confirmar esta verdad; y no podemos menos de citar uno que copiamos de la *Medicina de las Pasiones.*

«El doctor Tissot cuidaba, en Lausana, á una jóven estrangera de cuya vida desesperaba. Instruida, por imprudencia, de los peligros de su situacion, y hondamente pesarosa de dejar tan pronto esta vida, entregóse la enferma á todas las agitaciones de la mas violenta desesperacion. El célebre médico juzgó que aquel nuevo sacudimiento iba á acortar todavia mas el breve plazo que le quedaba de vida á la señorita; y segun costumbre, previno á su familia que convenia darse prisa para hacerle administrar los socorros de la religion. La-

man á un sacerdote; la moribunda descarga el peso de su conciencia en el seno de aquel médico espiritual, y recibe con enternecimiento las palabras de clemencia y consuelo que salen de su boca. Restablecida un poco la calma, no piensa ya mas que en Dios y en sus intereses eternos, y recibe los Sacramentos con la mayor edificacion. Al dia siguiente, por la mañana, habia disminuido la calentura, y los síntomas alarmantes, enteramente disipados, hicieron pronto lugar á una perfecta curacion. Tissot, que era protestante, se complacia en referir á menudo este hecho, cuyos ejemplares no son raros, exclamando; *Cuánto es el poder de la confesion en los católicos!*»

Dedúcese de todo lo dicho, que si la confesion es un deber, religiosamente considerada, es tambien una necesidad moral y hasta cierto punto física, como lo prueba la esperiencia. Recomendada como indispensable la confesion lo queda tambien la Comunión, acto que procede inmediatamente al primero.

La Comunión, instituida por Jesucristo en la Cena al pronunciar aquellas divinas palabras; *Este es mi cuerpo*, es uno de los mas sublimes misterios de nuestra religion sacrosanta. Por medio de este Sacramento el hombre se une á Dios. El Espíritu celestial desciende sobre el alma de la criatura; la purifica y la fortalece contra las asechanzas del mal. Misterio augusta, divino, ante el cual hasta el mismo Voltaire ha exclamado: «Hé aquí unos hombres que reciben en sí á Dios; en medio de una ceremonia augusta, al resplandor de cien cirios, despues de oír una música que ha embelesado sus sentidos, y al pié de un altar donde resplandece el oro. La imaginacion se siente avasallada y el alma enternecida; respírase con dificultad; el corazon se siente desprendido de los bienes terrenos, y se une con Dios que-

está en nuestra carne y en nuestra sangre. ¿Quién se atreverá á cometer ó podrá cometerla una sola falta, ni concebir tan solo el propósito de arrojarse á ella? Era imposible ciertamente imaginar un misterio que impeliese con mas eficacia á los hombres al ejercicio de la virtud »

Cuando Voltaire se espresa con tanta vehemencia. ¿qué podrá decir ante ese misterio un alma verdaderamente cristiana? Nada, absolutamente nada. No hará mas que sentir, y postrado adorar á Dios con todo el fuego del amor divino.

Que la Comunión es un bien moral se comprende facilmente. ¿Qué se requiere para recibirla? Que el arrepentimiento y el perdón hayan borrado las manchas que la culpa habia impreso en el alma de la criatura; que esta haya depuesto el ódio contra sus hermanos; que haya prometido solemnemente no apartarse un solo instante del camino de la vir-

tud; se requiere, en fin, que el hombre se presente puro, perfecto. ¿Puede darse un acto mas moral, mas civilizador? ¿No debe suponerse que el fraude, tan escandalosamente propagado actualmente; el agiotaje, el escándalo y todos los vicios que roen y conmueven el edificio social, son debidos en su mayor parte al olvido de los Sacramentos de la Confesion y de la Comunión? No hay duda: el que recibe dignamente á Jesucristo no puede ser un malvado.

Concluitemos con esta sábia observacion que hace Chateaubriand: *Si un hombre se acercase dignamente una sola vez al mes al sacramento de la Eucaristía, seria necesariamente el mas virtuoso de cuantos pueblan la tierra. Haced extensivo este argumento de la individualidad á lo colectivo, esto es, del hombre al pueblo, y vereis que la Comunión es una legislacion entera.*

JOAQUIN LLADÓ.

Otra magnífica composicion del Sr. D. Francisco del Valle ha visto la luz pública en esta capital, y no dudamos que nuestros suscritores nos agradecerán que la insertemos en este Boletín. El ruinoso estado de la Catedral es el que ha inspirado á aquel distinguido humanista los siguientes versos fúnebres en los que es forzoso admirar las bellezas de la lengua de Virgilio.

### SUPER RUINAS ECCLESIE CATHEDRALIS LEGIONENSIS EPICEDIUM.

¡Hoccine, mihi frater, cernis venerabile templum,  
Quod cælum imminet, et caput inter nubila condit?  
Portentum fuerat quondam mirabile mundi;  
Nunc autem est lacrymis plorandum sanguine mixtis.  
Aspice nutantes utraque ex parte columnas,  
Detectum tectum, atque tholum de culmine vulsum,  
Saxa minutatim cæmentis eruta priscis,  
Atque vacillantes, subjectis postibus, arcus.  
Concussum se findit opus, totumque labascet,  
Ni manus artificis citius reparaverit illud.

Tempus edax, terræque tremor, cœlique ruina  
 Hanc stragem fecere simul, labentibus annis.  
 Cum redit in patriam longa regione viator,  
 Proh dolor! exclamat, stupefactus limine sistens:  
 Istane, quæ summas inter Cathedralia templa  
 Promeruit laudes, reliquis præstantior Ædes?  
 Quomodo tam subito fuerit mutatus in illa  
 Optimus ille color, quem gessit filia Sion!  
 Quó decor illius? quó magnificentia cultus?  
 Hic ubi multarum concors discordia vocum,  
 Et fidium sonitus mulcebat dulciter aures;  
 Fervida nunc frendens ingenti pondere ruta,  
 Saxorum strepitus, trocleæ, stridorque rudentum  
 Omnia pacificæ turbant penetralia sedis.  
 Hic ubi odoriferi fumabant thura Sabæi;  
 Pulvere congesto nubes exurgit opaca,  
 Quæ feriens oculos, maculis altaria turpat.  
 En tua, Manricus, quæ quondam dona tulisti!  
 En pietatis opus, quod tu, Sublantia tellus,  
 Quæis poteras opibus, curasti sponte levandum.  
 Post tantos sumptus, post tantos, totque labores,  
 Abstulit una dies, quod tot fecistis in annis.  
 Tollite nunc frontem, Froylane, Albite, Pelagi,  
 In quorum tumulis felici pace quiescunt  
 Ossa diu, et vestrum paulisper cernite asylum.  
 Proh Deus omnipotens! quam longe distat ab illo,  
 Quod patres nostri, quod dudum vidimus ipsi!  
 Ecquod erit tempus, quo istius sancta Sionis  
 Mænia fundentur? propriæ nunc consule causæ.  
 Permagni intererát præclari Antistitis umbra,  
 Quem tibi servasti: (fiat tua sancta voluntas;)  
 Sed spem concipimus, quod jam miserebere nostri,  
 Ac opus inceptum non longo tempore fiet.  
 Tunc super altare imponetur victima pura;  
 Non vituli carnes, non agni simbola stantis;  
 Sed Christus Dominus, qui nos á morte redemit,  
 Atque cruore suo sanavit vulnera nostra.  
 Tunc precibus nostris atentas porriget aures;  
 Cultus et antiquis major renovabitur aris.  
 O utinam cœlos possint mea vota movere!

---

### OBRA DE LA SANTA INFANCIA.

Sr. D. J. C. (Malillos). Recibidos los 26 reales del primer trimestre de este año.

(Se continuará.)